

MESA 93: La Planificación y el Estado en la Argentina: agencias, expertos, modelos foráneos e impacto regional (1933-1990).

**Argentina a través del prisma frigerista.
La Batalla del Petróleo y el desarrollo nacional.**

Prof. Tomás Borneo.

I.E.S. N°1 "Dra. Alicia Moreau de Justo".

I. Introducción.

A fines del año 2018, el Banco Mundial y la CEPAL elaboraron una serie de informes sobre los desafíos que debían enfrentar las naciones del MERCOSUR, y Argentina en particular, en su camino hacia el desarrollo. Entre los principales problemas que enumeraron se encuentran dos cuestiones claves: a) la denominada “Trampa de la prosperidad” y b) la debilidad de las instituciones políticas. Es sabido que los bajos niveles de productividad, la falta de diversificación de la estructura productiva, la falta de modernización tecnológica, la vulnerabilidad social y las restricciones de financiamiento y los altos niveles de endeudamiento, condicionan el desarrollo material de nuestros países. Sin embargo, en la actualidad, según la CEPAL, se han sumado nuevos desafíos serios que aquejan a nuestra región, primero, la llamada *cuestión de la Integración Productiva*, o sea, que las estructuras productivas se han desnacionalizado pasando a integrarse mediante el accionar de las grandes multinacionales extranjeras con presencia en tales países, y, en detrimento de las políticas públicas, tendiendo, en consecuencia, hacia una extrema concentración de la riqueza y a la especialización productiva, especialmente, en soja y porotos de soja en las exportaciones extra-MERCOSUR. Aquí, el factor desequilibrante lo encarna China, ya que su demanda de materias primas de esta parte del mundo se centra en los mencionados productos. Al mismo tiempo, en la relación entre Argentina y Brasil, los socios más sobresalientes, se esgrime que el comercio bilateral se ha transformado en un *vínculo de complementación industrial*, es decir, que mientras la primera se dirige hacia la especialización en bienes y servicios finales, el segundo, lo realiza hacia la especialización en bienes intermedios. De esta manera, se constituyen dos grandes tipos de integración que

poco tienen que ver con las necesidades del desarrollo de nuestras economías nacionales, uno de *tipo complementario*, como vimos para el caso de Argentina y Brasil, y el otro, de *tipo vertical*, en nuestra relación con China y los grandes centros internacionales de producción.

Por otra parte, la problemática descrita como la “trampa de la prosperidad” ha causado que en épocas de auge de los precios de las materias primas, los diferentes gobiernos hayan permanecido absortos a las necesidades reales de promover inversiones para el desarrollo, concentrándose, en cambio, en la elevación del gasto público en supuesto beneficio del gasto social (subsidios, planes sociales, jubilaciones, programas de asistencia alimentaria, habitacional, etcétera) sin prever que la duración de dichos ciclos tiende a ser corta, produciéndose, luego, una baja significativa de los precios anteriormente elevados, agravando, como es evidente, las condiciones del subdesarrollo y el empobrecimiento social.

Para el caso argentino, resulta imprescindible valorar el informe del Banco Mundial porque pone de relieve algunas particularidades de la economía nacional que es menester remarcar, por un lado, que desde 1950, y como analicé en mi trabajo, Argentina padeció 14 crisis económicas, de las cuales cinco revistieron de gravedad: 1958, 1975, 1980, 1989 y 2001. Esto nos coloca en un triste ránking solo superados por la República Democrática del Congo, nación que a lo largo del siglo XX padeció el colonialismo belga y una guerra civil interminable. Además, y lo que es aún más grave, nuestro país es el único en su carácter en formar parte de la categoría de “País de ingreso medio”, no por haber accedido a ella debido al desarrollo económico, sino por haber caído en la misma, pasando de ser, a principios del siglo XX, uno de los países con mejores salarios del mundo a caer en una situación de disgregación económica dentro de la cual coexisten innumerables desigualdades de ingreso según la región que se habita, siendo la Ciudad de Buenos Aires la más rica con niveles de ingreso per cápita de 28.358 u\$s anuales, similares a algunas naciones desarrolladas, y Formosa la más pobre, con ingresos de 3.704 u\$s, semejantes a las naciones del continente africano, en promedio.

Ocasionalmente, se ha dicho que el problema de la Argentina es político, no económico. En las cuatro décadas correspondientes a los años 1930 a 1970, se produjeron inquietantes cambios políticos, sociales, económicos y culturales, que transformaron por completo la realidad nacional. Por una parte, se suscitó un viraje antiliberal en la alta política del país;

tanto militares, peronistas, radicales y desarrollistas, participaron activamente en la elaboración de un discurso que tenía al liberalismo como extranjerizante y antinacional; por otra, y quizás como resultado de ello, surgieron en esas corrientes políticas prácticas movimientistas y autoritarias bajo una *lógica o concepción antipolítica*¹ de las luchas sociales y económicas a las cuales se enfrentaban y sus propuestas para superarlas.

A su vez, en línea con Roy Hora (2002), diremos que, debido a la visión excesivamente optimista de la industrialización contenida en esas nuevas corrientes políticas que la entendían como *único agente de modernización socioeconómica y cultural*, y por ello, contraria al antiguo modelo agropecuario-exportador, rechazado de plano por promover el atraso y la incultura; conllevaría una férrea condenación a la marginalidad no solo del sector terrateniente sino de todo el sector agroexportador, poniendo en grave riesgo la nueva estrategia de crecimiento económico por encontrarse *sesgada* desde su concepción inicial.

Asimismo, la contradicción insalvable engendrada en esos años entre agro e industria, motivó el nacimiento de dos lógicas discursivas, también conflictivas, enmarcadas dentro del discurso antiliberal: en primera instancia, un discurso nacional-industrialista basado en el completo repudio de la clase terrateniente y de la experiencia histórica devenida de fines del siglo XIX, en segundo término, la coexistencia entre un discurso contrario al nacional-industrialista extendido entre el sindicalismo peronista y cimentado en una lucha de clases con tintes izquierdistas de tipo antiburgués y revolucionario (Gordillo, M., 2007; James, D., 1990; Smulovitz, C., 1991 y Torre. J.C., 2011); y por ende, en la impugnación de la nueva élite empresarial-industrial. Aquí sostendremos, que este discurso, impidió, al menos en parte, la conformación de una clase industrialista cohesionada, pujante y moderna - como había sido en su momento la élite terrateniente- con suficiente prestigio social para promover el desarrollo industrial nacional.

Todo ello, estuvo causado por la preeminencia de lo que llamaremos el *culto de la acción* y de los *liderazgos políticos personalistas*, tales como Yrigoyen, Perón o Frondizi; debidos a la escasa penetración de los valores culturales republicanos en la sociedad argentina. La lógica movimientista característica de ambas corrientes históricas, léase radicalismo y peronismo, resultaron contrarias al establecimiento de consensos sociales, base real de la política, por hallarse dominados por una retórica nacional-popular que subsume al Estado,

1 Aquí coincidimos con la postura de Celia Szusterman, 1998.

a las instituciones, a la libertad y la democracia, al resultado último de un conjunto de luchas sociales, tendientes, en principio, a mejorar las condiciones de vida y asegurar la soberanía nacional, pero que, en definitiva, persiguen una concepción utilitarista de la política; en otras palabras, resumen una lógica antipolítica de las relaciones políticas y sociales del conjunto nacional. Si la democracia y la libertad constituyen el fin y no el sentido de la política, como debería ser en verdad², según nuestra idea, dejan la puerta abierta al debilitamiento institucional del Estado, al autoritarismo y la violencia, en donde los diferentes actores sociales reniegan de la democracia de partidos, llamándola despectivamente “partidocracia”, y de los acuerdos políticos favorables al establecimientos de grandes acuerdos o consensos entre los diferentes intereses sociales.

En éste sentido, el concepto de “empate” diseñado por Juan Carlos Portantiero (1973), no alcanza a representar el complejo entramado de antagonismos sociopolíticos en la Argentina de los años posteriores a la caída del peronismo, ya que *el empate* no es la causa sino la consecuencia de la aparición y persistencia de una lógica antipolítica en el país, producto de la tendencia movimientista de sus corrientes políticas más relevantes, dentro de las cuales entroncamos al desarrollismo frigerista, al peronismo y al antiperonismo, hacia teorías totalizantes del campo social y del campo político, y, que, en parte, perviven en el presente. Postular la teoría del “ser nacional” como totalidad ideal, en los términos de Laclau, o sea, como encarnación de todos los valores y de la cultura nacional en contraposición a otra totalidad cargada de significados negativos y opuestos al *ser* y al interés nacional, constituye el pilar fundamental de la lógica antipolítica y autoritaria que distinguimos anteriormente. De este modo, el concepto de *hegemonía* que Portantiero (1973) y Laclau (2015) toman de Antonio Gramsci para inteligir la raíz, el grado y la profundidad de las luchas sociopolíticas argentinas, sumado a la idea de *relaciones de fuerza*, esgrimida por el primero, que inspiran los antagonismos entre las fuerzas políticas que componen el entramado societal, son determinadamente antidemocráticas y antipolíticas, y, por eso, decimos que son la causa y no la consecuencia del “empate” de los años 1955-1973.

Por otra parte, no termina de quedar claro el empecinamiento de esos discursos totalizantes

2 Como argumenta Hannah Arendt (2015), “el sentido de la política es la libertad” (p.144). Es decir, que la construcción política basada en la comunidad de intereses, en el *inter est*, constituye el proceso político y no su coronación. La ausencia de este sentido, relegado al lugar de meta o fin último, conlleva el peligro de la desmesura o la coacción en la política; anulando, así, el *inter est* constitutivo *de y para* la acción política.

en su concepción de lo que *deberían ser* la política, la democracia, el pueblo, la nación y la alianza de clases. Además, se hace necesario destacar la opacidad del discurso en torno a la supuesta reunión de fuerzas populares en aras de la unión nacional, prácticamente, por fuera del ámbito institucional, verdadera raíz del culto de la acción, ya que no se entiende la gravitación que la dirigencia política y gremial poseería sobre la población, como la influencia efectiva que ésta última tendría en la participación activa en la toma de decisiones. Aparentemente, debido a esas prácticas, la dirigencia acentuó su distanciamiento respecto de las bases, cuestión que ya venía suscitándose en el peronismo desde los años de la Revolución Libertadora; conllevando en su seno, por ejemplo, el propio aislacionismo que padeció el desarrollismo en los años posteriores a su salida del poder, motivado por los avatares sufridos durante el ejercicio del gobierno y por la propia rigidez de su “método científico” y de sus concepciones políticas.

A modo de síntesis, nos queda pendiente una pregunta clave: ¿Qué nos dejó el desarrollismo a los argentinos?. Para contestar algunos de los enunciados realizados en los párrafos precedentes, conviene destacar uno de los puntos centrales de la teoría de Albert Hirschman (1983) en torno de la *racionalidad oculta de los comportamientos sociales* que determinan los diferentes grados de tolerancia de la población frente a la insatisfacción producto de las asimetrías y desequilibrios en el proceso de crecimiento y desarrollo económico. Al momento de asumir el gobierno, Rogelio Frigerio y su equipo se encontraron frente a innumerables desafíos en el ámbito económico: tarifas políticas, subsidios, emisión monetaria, bajo nivel de reservas en el Banco Central, déficit fiscal y demás distorsiones inflacionarias. Sin embargo, el desafío mayor para el programa desarrollista provenía del principal objetivo que había establecido su propio inspirador: la *previous accumulation*. Ésta cuestión, lo colocaba en una relación difícil con el sindicalismo y con los trabajadores, ya que, significaba la postergación momentánea de ciertos reclamos en favor de la acumulación intensiva de capital, razón de que luego de iniciado el Plan de Estabilización de 1959 los embates políticos contra el gobierno se multiplicaran.

La importancia de la acumulación de capital en toda economía nacional, comporta las dos caras del discurso desarrollista, sus fortalezas y sus debilidades. Veamos lo siguiente: el desarrollismo, en su versión más optimista, concibe que la única forma de obtener un cambio en la estructura productiva y en el funcionamiento del sistema económico es,

principalmente, a través de la inyección masiva de capital que asegure ciclos continuos de crecimiento y de mejoramiento de la calidad de vida de la población. El frigerismo, hace un mayor hincapié en el capital extranjero como recurso de ahorro externo disponible para el provecho del desarrollo nacional mediante la promoción de inversiones, radicaciones de empresas y empréstitos. No obstante, la debilidad esencial presente en las concepciones del desarrollismo -cepalino y frigerista- ocurre a raíz de la subestimación de las tensiones sociales y políticas que dichas transformaciones acarrearán en el marco de la acumulación intensiva y acelerada de capital. Además, resulta evidente que el sector privilegiado en ese marco sería el empresariado industrial, base real de la capitalización de las economías nacionales. La contradicción entre ese contenido esencial y los discursos de inspiración izquierdista, antagónicos al ideal burgués encarnado por el sector empresarial, supondrán un serio obstáculo al desarrollismo. En definitiva, la transformación de la estructura económica entrañaría un cambio en la esencia y en las relaciones de poder socialmente dadas.

Con todo, lo que hemos tratado de observar en éstas líneas son los condicionamientos históricos e ideológicos que determinan el éxito y la factibilidad de las teorías económicas, en otras palabras, la necesidad de adecuación entre teoría y praxis, o lo que Osvaldo Sunkel (1970) denominó los *principios de validez* y de *aplicabilidad* al que está sometido el conocimiento científico en el instante de su puesta en práctica. Debido a ello, el desarrollismo cepalino tendió a reconciliarse con la teoría del crecimiento económico, en tanto que el desarrollo y el subdesarrollo, como argumenta Rostow (1974), se deben meramente a una diferencia de velocidad en la carrera por el desarrollo económico. Por ende se ha generado un caos terminológico en torno a ésta problemática, donde ya no tiene mucho sentido hablar de país desarrollado, país industrializado, en vías de desarrollo, en desarrollo, menos desarrollados, adelantados, menos adelantados, país no industrializado, país de producción primaria, país pobre, país rico, atrasados o de economía dependiente, etcétera. El desarrollismo frigerista, si bien se mantuvo en sus posiciones teórica originales, cayó en uno de los recovecos inescrutables de la memoria histórica nacional, motivado entre otras cuestiones, por la batalla del petróleo y el papel central que ésta le otorgaba al capital extranjero en la capitalización de la economía argentina.

Un rasgo inherente en el pensamiento del desarrollismo argentino, es una cierta sobreestimación de la supuesta paz social y estabilidad política que el desarrollo industrial

traería a la sociedad argentina. Tengamos en cuenta, que solo unos pocos años después de finalizado el gobierno desarrollista, estallarían en Europa, numerosos movimientos de oposición y protesta contra el modelo social al cual aspiraban Frondizi y Frigerio, justamente, en medio del impresionante crecimiento económico de posguerra. Toda modernización, y la consecuente transformación de las relaciones sociales y productivas, trae aparejado nuevos problemas y nuevos conflictos. El desarrollo argentino, resolvería ciertos problemas y ciertos enfrentamientos, pero generaría, a su vez, otros nuevos, de imprevisible resultado. El problema de fondo, era más complejo y difícil de cerrar. Los enconos personales y los enfrentamientos políticos y sociales habían adquirido un matiz que trastornaba la posibilidad de encuentro social y diálogo democrático. De igual manera, las inconsistencias ideológicas, discursivas y retóricas al momento de asumir el gobierno y especialmente, durante su ejercicio, sumado a la acelerada velocidad del programa de reformas estructurales, terminó generando el caos ideológico y el desconcierto social, llevando al gobierno a una crisis definitiva. A su vez, el sostenimiento de un discurso nacional-popular, tenía como contrapartida, la imposibilidad de realizar consignas claras y terminantes, posponiendo la formación de una doctrina ideológica de base. Otro problema fatalmente subestimado fue el de la integración del peronismo, siendo éste un sector con un marcado sentido de pertenencia social, clasista y cultural, se hacía hasta utópica, la posibilidad de su conversión al “frondizismo”. En ésta línea, la subestimación de la pugna política-ideológica en pos de un éxito económico rotundo que diera al gobierno la razón sobre la mutación entre el programa electoral y el programa de gobierno, y lograra la cooptación de la masa peronista, terminó siendo débil y excesivamente ambiciosa, se partió de una evaluación incorrecta de la inestabilidad política argentina y la consecuencia no pudo ser otra que el rápido desgaste del gobierno.

Finalmente, nos quedan dos temas que resultan pertinentes a nuestro esquema de pensamiento: primero, debemos enfatizar en la sobrevaloración del apoyo del capital extranjero en el proyecto desarrollista argentino, de acuerdo a los siguientes puntos: a) la creencia de Frigerio de que era factible el *take-off* sin la necesidad de un programa de estabilización financiera que controlara los desajustes macroeconómicos; b) el rechazo de los inversores y de los organismos internacionales de crédito a toda política tendiente a aumentar la presión fiscal como instrumento recaudatorio; aquí nuestro autor cuestionará a las grandes economías del globo que, poseyendo niveles de presión fiscal del orden del 35-

40%, imponen a las naciones del subdesarrollo variables en torno del 20-25%; c) los aportes de financiamiento internacional al desarrollo industrial nacional; d) el mantenimiento del equilibrio dinámico de esas inversiones en los sectores básicos del desarrollismo. Hacia 1961, comenzaban a evidenciarse desequilibrios en favor de las inversiones en energía, ralentizando la radicación de capitales en siderurgia y metalmecánica. El segundo punto nodal que vale la pena destacar es la preponderancia que adquiere el Estado en los planteamientos del desarrollismo como agente de desarrollo económico y como controlador de la voracidad monopolística del capital. Para Frigerio, la integración geoeconómica del territorio nacional debía partir de una acción decidida del Estado en favor del desarrollo de regiones atrasadas, entendiendo que es el mercado el que crea la demanda y no al revés. Por consiguiente, la incorporación de nuevas regiones económicas contradice, inicialmente, los criterios del mercado; suponiendo ello, a su vez, que el capital por sí mismo no demostrará interés en dichos espacios hasta tanto el Estado los guíe en una dirección determinada. Desde el punto de vista del liberalismo clásico, como aducía Marcelo Diamand (1972: 12):

“la coexistencia de un sector industrial de productividad menor con un sector primario más productivo es contrario al principio de óptima división del trabajo internacional de la economía clásica, ya que, a la luz de este principio, aparece como una asignación ineficiente de recursos”.

Por ello, desde la perspectiva frigerista, debía ser el Estado quien diera inicio e impulso a tal objetivo. Un ejemplo claro de esto es el fracaso en los permanentes esfuerzos por integrar el subcontinente sudamericano bajo las premisas del libremercado y la librecompetencia, mayormente apoyados desde la Cepal. Tales esfuerzos se han visto malogrados debido a lo que podríamos llamar *la imposibilidad de realizar compromisos estables en el esquema del subdesarrollo*, a saber: la falta de ahorro, la baja productividad y la insuficiencia administrativa, frustraron todos los intentos por obtener una economía regional estable. De ahí, la necesidad imperiosa por desarrollar los mercados nacionales como condición previa para la integración regional.

La relevancia de todos estos datos y el análisis que nos hemos propuesto, radica en abordar la problemática del desarrollo desde una perspectiva presente con miras a vislumbrar los principales debates y teorías que elaboraron e impulsaron los teóricos del desarrollismo

argentino durante y después del ejercicio del gobierno.

II. El papel del petróleo en la estrategia de desarrollo del gobierno desarrollista, 1958-1962.

La década del cincuenta marcará el inicio de una lógica perversa en la economía nacional, a saber: inflación, devaluaciones, licuación periódica de las reservas monetarias, déficits gemelos -fiscal y comercial-, programas de estabilización financiera, endeudamiento endémico, fuga de capitales, escasez de ahorro interno e inversión.

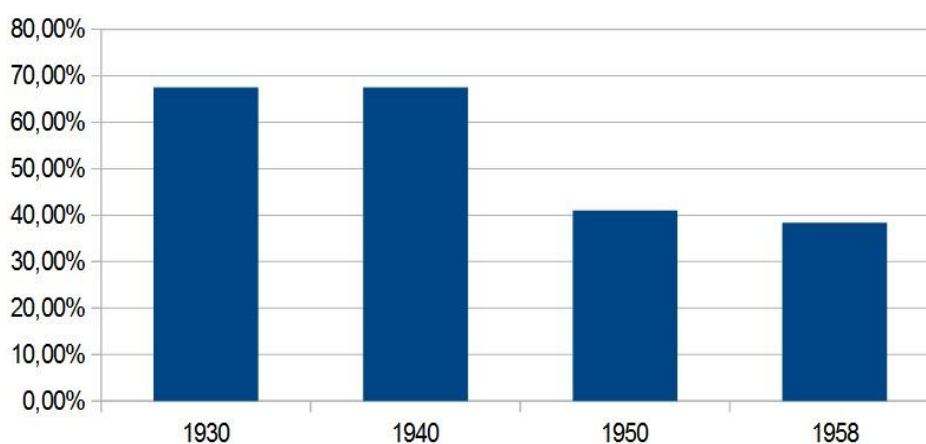
En definitiva, según el camino recorrido, estamos en condiciones de afirmar que, tanto el proyecto industrialista como el accionar del Estado, al menos en materia macroeconómica, constituyeron un obstáculo más que un beneficio en el proceso de acumulación de capital, puesto que una estructura productiva orientada a la producción de bienes de consumo inmediato, preferentemente de alimentación, solo contribuiría a agravar la inestabilidad del conjunto de la economía, siendo su desenlace, el empobrecimiento paulatino de la población. A raíz de ello, el desarrollismo argentino propondrá un plan de desarrollo de tipo piramidal conformado por tres pilares fundamentales: la energía en la base; la siderurgia en el centro y las comunicaciones como coronación. Sin embargo, ese plan que pretendía el desarrollo armónico e integrado, se topaba con un muro insondable, como condición para obtener un despegue fuerte de la producción, debían establecerse las bases de lo que Adam Smith denominaba la *previous accumulation*, o sea, que el programa tendería a centrarse en el ahorro y la inversión a gran escala. Por consiguiente, se otorgarán amplias ventajas a las compañías extranjeras operantes en las ramas productivas contenidas en la pirámide, mientras que, el Estado, convertirá a la deuda pública en un instrumento para acelerar las obras de infraestructura indispensables para la promoción del desarrollo y la integración geoeconómica del territorio; colocando a las demandas sociales y salariales en relación directa con el aumento de la productividad, en otras palabras, implicaba su postergación momentánea sujeta al éxito del ambicioso plan económico.

La urgencia de las inversiones extranjeras en materia petrolera se traducía en la escasa capacidad de YPF para abastecer adecuadamente la demanda nacional. Dicho problema surgía debido a la antigüedad de los equipos y de la tecnología empleada por la petrolera

de bandera, como así también, por las restricciones financieras que trastornaban las posibilidades de nuevas inversiones en exploración, explotación y refinamiento. La búsqueda de empresas privadas extranjeras, devenida de esa situación, había suscitado un cambio de miras respecto de su conveniencia para el Estado, entre los que se hallaban personalidades relevantes tales como Juan Domingo Perón y Arturo Frondizi, quienes habían virado su postura inicial hacia una abierta promoción de las modernas formas de explotación extranjera.

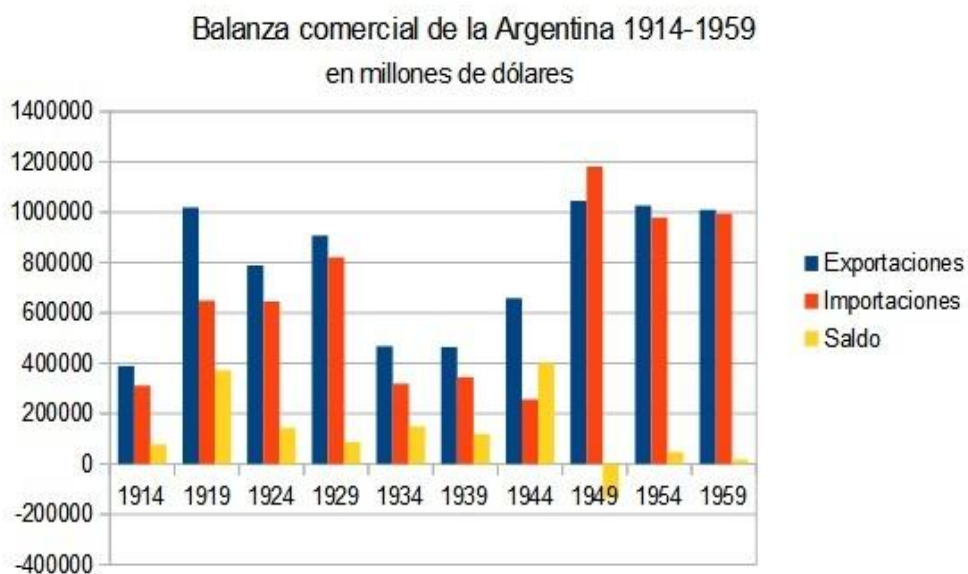
Capacidad de autoabastecimiento de petróleo según producción / consumo

Serie histórica Y.P.F.



(*) Cuadro n°1. Fuente: elaboración propia en base a información: Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*. (1959). T.VIII: "Boletín de Informaciones Petroleras de Y.P.F." pp.5940-5943.

Por otra parte, una vez asumido el gobierno, el desarrollismo se encontraba con otra dificultad que amenazaba con hacer fracasar la industrialización pesada, a saber: la alta demanda de la industria liviana y la ineficiencia de YPF, habían provocado que la relación entre abastecimiento nacional e importación de petróleo se derrumbara desde una proporción de 60%-40%, a principios de la década del cuarenta, hacia un virtual 30%-70%, a fines de los cincuenta (ver cuadro n°1); por lo tanto, el país gastaba cada vez más divisas en importaciones de petróleo y derivados. En este contexto, no era viable la promoción de la alta industria sin asegurar previamente un flujo constante y barato de energía capaz de alimentar un crecimiento autosostenido del aparato productivo, y, sin poner en riesgo, en forma semejante, la ya frágil solvencia de la balanza de pagos. El petróleo debía ser para la industria argentina lo que había sido el carbón para la industria británica.



(*) Cuadro n°2. Fuente: elaboración propia en base a información del INDEC.



(*) Cuadro n°3. Fuente: elaboración propia en base a información del INDEC.

Al igual que Bunge a fines de la década del diez, Frigerio avizoraba señales de estancamiento y crisis en el futuro inmediato promovidas por las serias contradicciones de

la economía argentina. En el cuadro n°3, vislumbramos nuevamente -ver cuadro n°2,- dos cuestiones fundamentales: a) la persistencia del estancamiento del comercio exterior; b) el empeoramiento del déficit en el intercambio comercial. No obstante, la variación básica entre los déficit comerciales de los años previos con los propios del gobierno desarrollista, se debió a su composición, es decir, que mientras en la etapa precedente estaba suscitado por importaciones de combustibles, lubricantes, maquinaria, tecnología y materia prima industrial, durante el desarrollismo, encontraba su razón en la compra masiva de tecnología y maquinaria para poner a punto el aparato productivo y potenciar su modernización. En definitiva, el déficit se orientaba hacia la adquisición de bienes de capital, a la vez que, las batallas del petróleo y del acero, redundarían en un cese de importaciones y, más tardíamente, en posibles venta al exterior. Según ésta idea, la acentuación del déficit, aunque negativa en el corto plazo, pues entrañaba fuertes erogaciones, favorecería el aumento de la productividad y las capacidades de ahorro e inversión, imprescindibles para afirmar el proceso de acumulación previo al take-off, en el cual el factor central sería la distribución dinámica de la inversión de acuerdo al programa de prioridades.

Con todo, se hace necesario aclarar, que de los cinco años analizados, solo en 1959 hubo equilibrio en la balanza comercial producto de la aplicación del Plan de Estabilización Financiera diseñado por Álvaro Alzogaray.

Volviendo al tema del petróleo, unos párrafos atrás comentamos las dificultades que presentaba YPF para cumplimentar la demanda nacional de combustibles actual y futura. En éste escenario, las deficiencias de la petrolera estatal se revelaba en los sobrecostos de la exploración y extracción de combustibles, y, en comparación con las firmas extranjeras, principalmente anglo-norteamericanas, en el empleo de tecnología y de personal. El promedio del denominado “costo YPF” rondaba los \$6,50 dólares por m³ extraído convirtiendo en casi antiproduktiva su participación y competencia frente a las firmas de capital extranjero.

Aquí, aparece un nuevo nudo gordiano en materia petrolera: el país, además de carecer del capital suficiente para explorar, extraer, refinar y comercializar el carburante, hallaba un segundo y tercer obstáculo en la antigüedad de los equipos y en las trabas de la burocracia estatal; siendo su corolario natural, o al menos esperable, que el escenario se desarrollara hacia una mayor apertura y participación de las grandes multinacionales en el negocio

energético nacional³. Empero, como sostuvimos en páginas anteriores, existía un cierto consenso de ideas en el arco político argentino contrario a tales compañías por considerarlas un riesgo para la soberanía nacional. A tal efecto, Frigerio defenderá la aplicación del programa de gobierno -en medio de fuertes críticas e impugnaciones- con una frase que se convertirá en la encarnación del ideario desarrollista:

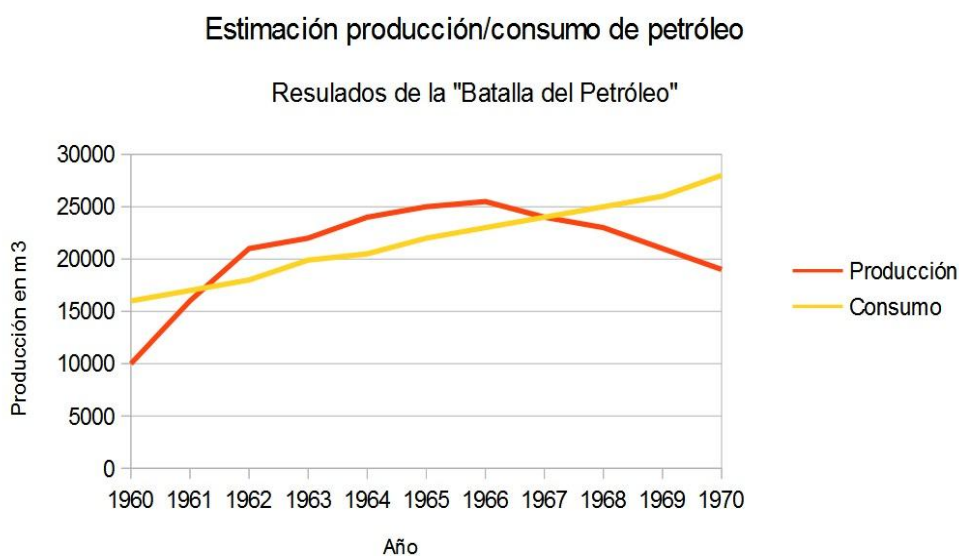
“En el momento en que lanzamos la política petrolera contraríamos (...) lo que rutinariamente se había estado haciendo (...). Había campo fértil para el error ideológico del nacionalismo a medias, que consiste en no advertir que lo esencial es que los fines sean nacionales – en este caso el autoabastecimiento- y que pueden no ser nacionales los medios, los instrumentos, para conseguir esos fines irrenunciables” (Juan Carlos de Pablo, 1980).

De igual manera, nuestro autor sostendrá: “El meridiano del petróleo pasa por el centro de la nacionalidad”(1965); o sea, que la dialéctica constitutiva del frigerismo vuelve a presentarse y a representarse, en sí y para sí, como el único instrumento metodológico y ontológico apto para medir y valorar los alcances, inconsistencias y oportunidades; las variables económicas, financieras e industriales, que determinaban las razones del atraso nacional y las posibilidades de su superación. El meridiano del petróleo sería, según su concepción, bajo la intervención orientadora del Estado, el punto de partida para la construcción de una economía nacional propia e integrada, amparada en el *cambio de estructuras* acaecido por los *efectos multiplicadores permanentes* que impulsarían dichas inversiones.

Pese a ello, rápidamente, comenzaron a evidenciarse falencias que llevaron a Frigerio a proponer, con similar premura, modificaciones al proyecto de inversiones petroleras inicial en su artículo escrito en la revista *Energética* correspondiente al mes de agosto de 1961, donde expone la necesidad de “ampliar y profundizar las soluciones de 1958”, teniendo en cuenta los siguientes factores: a) La precariedad del autoabastecimiento alcanzado con las

3 El modelo de *subcontratación* de empresas privadas por empresas públicas, será el elegido como base para la firma de los convenios petrolíferos con las multinacionales extranjeras una vez asumido el gobierno. Para los desarrollistas argentinos, permitir las inversiones extranjeras por medio de la subcontratación debía servir para colocar al Estado nacional en una posición de poder respecto de los intereses de los monopolios extranjeros. De esa forma, Frigerio consideraba, que podría ponerse el capital foráneo al servicio de los intereses de la nación, aduciendo que “La empresa privada debe ser estimulada y defendida, pero los monopolios de toda clase deben ser controlados por el Estado, porque, como sostuvo Roosevelt en 1938, la libertad no está segura si el poder económico es superior al poder del propio Estado” (Revista *Qué*, 1956, n°78: 8).

inversiones realizadas en el período 1958-1961; estaría asegurado solo durante el quinquenio 1962-1966, haciendo imperiosa lo que podríamos denominar una “segunda batalla del petróleo” antes de finalizar la década, a modo de sortear una segura recaída en su importación masiva; b) A pesar de la compra de equipos soviéticos para la modernización de YPF, la petrolera de bandera continuaba aquejada por problemas semejantes a los ya analizados, y, por consiguiente, persistía su escaso margen de maniobra; c) Que como resultado del plan industrialista, la siderurgia y el mercado interno demandarían enormes cantidades de combustible y sus derivados, obligando al Estado a ampliar y profundizar las inversiones de capital para sostener el nivel de extracción sin poner en peligro su abastecimiento; d) Que debido al normal y esperable agotamiento de los pozos, resultaba urgente la exploración y perforación de nuevos campos.



(*) Cuadro n°4. Fuente: elaboración propia en base a información Frigerio, R. (1962).

En el cuadro n°4, hemos traducido en cifras lo argumentado por Frigerio acerca de la precariedad del autoabastecimiento obtenido luego de la primera oleada de inversiones extranjeras. Evidentemente, si el programa inicial había colocado al gobierno contra las cuerdas, una nueva propuesta tendiente a establecer de forma definitiva esas prácticas económicas, comerciales y productivas, llevaría a los detractores de los planteamientos frigeristas a un posición, muchas veces repetida en la política argentina del siglo XX, de cierre de filas e intento de golpe. La situación se tornará insostenible, cuando Frigerio,

amparado en las cifras que observamos en el cuadro n°4, publique una nota en el diario *Clarín*, titulada “El costo del petróleo”, del 31 de diciembre de 1961, afirmando que YPF: “Debe desprenderse de todas aquellas funciones que desarrolla de manera ineficiente y a costos elevados (...) como ocurre con el costo industrial del petróleo que extrae directamente”. Dicha frase, encarna lo que hemos llamado *una posible segunda batalla del petróleo*, a la vez, que plantea la salida de la petrolera estatal de las ramas de la exploración y extracción aunque conservando su comercialización. Así, la ineficiencia de YPF se saldaría de una forma sumamente controversial para la época.

III Consideraciones finales.

Nuestro recorrido por los principales planteos del desarrollismo argentino nos ha permitido arrojar luz sobre un pensamiento histórico y económico que, luego de haber sido condenado al olvido y al ostracismo ideológico, parece resurgir en la actualidad. Su método dialéctico, histórico y totalizante, herramienta fundamental para el análisis de la realidad argentina del momento, tenía por objeto, en palabras de Frigerio (1959), la tan ansiada *construcción de la nación*. Pese a que autores como Fanor Díaz tacharon al desarrollismo de “teoría economicista, más preocupada por los ministerios de economía que por el resto de las problemáticas nacionales” (Fanor Díaz, 1977: 16-17), olvidan que el desarrollismo argentino, postulaba la necesidad de construir la nación en los términos de una *batalla cultural en post del desarrollo*, que no era meramente económico, sino, más bien, sociocultural, en palabras de nuestro autor:

“Es falsa la dicotomía que se plantea entre las realizaciones superiores del espíritu y la construcción material de la nación. La única forma de demostrar su falsedad es articular la labor creadora al trabajo de todos para modificar la realidad, para engendrar la cultura” (Frigerio, R., 1983b: 148).

Debe tenerse presente, que el método frigerista derivaba del marxismo dialéctico, por lo tanto, la economía no determinaba pero sí condicionaba las relaciones sociales de poder y la cultura. Para nuestro autor, la integración geoeconómica se traducía en una ocupación efectiva del territorio nacional y, en consecuencia, en los derechos de posesión derivados

de ésta. La industria petrolera a la vez que realizaría su contribución a la obtención del autoabastecimiento de combustibles, incorporaría, por ejemplo, a la región patagónica al escenario nacional, coadyuvando, así, a la ocupación y poblamiento de un territorio de importancia vital para el país tanto por sus riquezas propias como por la rivalidad existente con Gran Bretaña y Chile en nuestra proyección antártica y la soberanía sobre las islas Malvinas y los espacios marítimos e insulares del Atlántico Sur.

La Argentina actual es un país con numerosas contradicciones que requiere ser repensado desde sus cimientos; construimos satélites y reactores nucleares con tecnología de punta, pero seguimos creyendo, como a principios del siglo pasado, que el mejor ministro de economía es una buena lluvia; producimos alimentos para cuatrocientos millones de personas pero numerosas capas sociales padecen necesidades nutricionales; formamos científicos de primer nivel pero poseemos uno de los peores porcentajes de egreso y deserción educativa del continente. La lista es demasiado extensa y las deudas sociales aumentan, quizás sea hora de reconciliarnos con nuestro pasado y mirar hacia el horizonte.

Referencias bibliográficas.

Libros y artículos.

Arendt, H. (2015), *La promesa de la política*, Buenos Aires: Paidós.

De Pablo, J.C. (1980). *La economía que yo hice*, Buenos Aires: Editorial Cronista Comercial. Nuestra versión recuperada de: <http://www.visiondesarrollista.org/frigerio-logramos-el-autoabastecimiento-petrolero-con-una-velocidad-inedita/> Consultado el: 22/09/2018.

Diamand, M. (1972) “La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio” en *Desarrollo Económico*, vol. 12, nº45.

Díaz, F. (1977). *Conversaciones con Rogelio Frigerio*, Buenos Aires: Colihue/Hachette.

Frigerio, R. (1983a). *Estatuto del Subdesarrollo*, Buenos Aires: Ed. Librería del Jurista.

_____ (1983b), *Diez años de la crisis argentina*, Buenos Aires: Sudamericana – Planeta.

_____ (1981). *Economía política y Política económica nacional*, Buenos Aires:

Hachette.

_____ (1965). *¿Hacer el desarrollo o remendar la vieja estructura?*, Buenos Aires: Editorial Desarrollo.

_____ (1963). *Crecimiento Económico y Democracia*, Buenos Aires: Losada.

_____ (1962). *Petróleo y Desarrollo*, Buenos Aires: Editorial Concordia.

_____ (1959). *Las condiciones de la victoria*, Montevideo: A.Monteverde y Cia. S.A.

Gordillo, M. (2007). "Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, (1955-1973)" en Daniel James(dir.) *Nueva Historia Argentina, T. IX: Violencia, proscripción y autoritarismo, (1955-1976)*, 3a ed., Buenos Aires: Sudamericana.

Hirschman, A.O. (1983). "La estrategia de desarrollo económico. Una reevaluación" en *Colección Estudios Cieplan*, n°10, junio. Estudio n°73, pp.89-110.

Hora, R. (2015). *Los terratenientes de la pampa argentina: Una historia social y política, 1860-1945*, 1a ed., Buenos Aires: Siglo XXI.

James, D. (1990). *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.

Laclau, E. (2015), *La razón populista*, 1a ed., 9a reimp., México: FCE.

Portantiero, J.C. (1973). "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual" en *Pasado y Presente*, n°1 (nueva serie), Año IV, abril/junio.

Rostow, W.W. (1974). *El desarrollo económico*, Madrid: Editorial Salvat.

Smulovitz, C. (1991). "En busca de la fórmula perdida: Argentina, 1955-1966" en *Desarrollo Económico*, Vol.31, n°121, abril, pp.113-124.

Sunkel, O. (1970). *El subdesarrollo latinoamericano y la Teoría del Subdesarrollo*, 1a ed., México: Siglo XXI.

Szusterman, C. (1998). *Fronzizi. La política del desconcierto*, 1a ed., Buenos Aires: Emecé.

Tamames, R. y Huerta, B.G. (1999). *Estructura económica internacional*, 19 ed., Madrid: Alianza.

Torre, J.C. (2011). "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo" en Mackinnon M.M. y Petrone, M.A. (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina*, 1a ed. 1a reimp., Buenos Aires: Eudeba.

Verseci, A.J. (1999). “La doctrina y la política económica del desarrollismo en Argentina” en *Campos Temáticos (JEL): B2 – N0 – E6*, Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.

Estadísticas e informes gubernamentales.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos.

Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados (1959). T. VIII, 31 de octubre de 1958, Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación.

Informes de organismos internacionales.

Banco Mundial, Argentina (2018) “Hacia el fin de la crisis en Argentina. Prioridades para un crecimiento sostenible y prosperidad compartida. © World Bank”. Recuperado de: https://www.cac.com.ar/data/documentos/40_informe%20BM.pdf. Consultado el: 20/02/2019.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL. (2018). “El rol del MERCOSUR en la integración regional” en *Boletín de Comercio Exterior del MERCOSUR*, n°1 (LC/TS. 2018/112), Santiago. Recuperado de: <https://www.cepal.org/es/publicaciones/44298-boletin-comercio-exterior-mercosur-rol-mercosur-la-integracion-regional>. Consultado el: 05/03/2019.

Medios gráficos.

Clarín

Revista Qué sucedió en siete días en Argentina y el mundo, 1956-1959.